



www.loqueleo.com/ec

© 2012, Cecilia Velasco

© De esta edición:

2018, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-688-0

Derechos de autor: 001471

Depósito legal: 005151

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2012

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Enero 2017

Octava impresión en Santillana Ecuador: Mayo 2018

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Guido Chaves

Actividades: Marlon López

Corrección de estilo: Angélica Peñafiel

Diagramación: Ramiro Jiménez

Supervisión editorial: Gabriela Tamariz

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.



loqueleto



*A la Rosa Rosita de mi infancia,
una sabia lavandera.*



Índice

| | |
|-------------------------------|----|
| Rosa Rosita | 11 |
| El ciprés protector | 25 |
| Almohada sedante | 39 |
| El hombre de pelusa | 51 |
| La escoba veloz | 63 |
| Las medias viudas | 73 |
| Pozo sin fondo | 79 |
| El anillo de acero | 83 |
| La despedida | 91 |
| | |
| Biografía | 97 |
| Cuaderno de actividades | 99 |

Rosa Rosita



Hasta hace muy poco tiempo, vivía al lado de mi casa una mujer casi tan pequeña como yo, que hablaba de manera extraña. Yo lo hago muy claro y fuerte, como me han enseñado mis profesoras y mi mamá; y ella, seguramente, seguirá hablando como si no pudiera pronunciar las palabras enteras, porque la mitad de ellas se le queda atrapada en la garganta, o como si ciertos sonidos le fuesen imposibles de vocalizar. Un día, por ejemplo, la oí pedir alguna medicina en la farmacia, porque tenía «oor e aanta». Pero estoy segura de que la gente, de todas maneras, siempre terminará en-

tendiendo lo que ella quiere, como el boticario, que le recomendó:

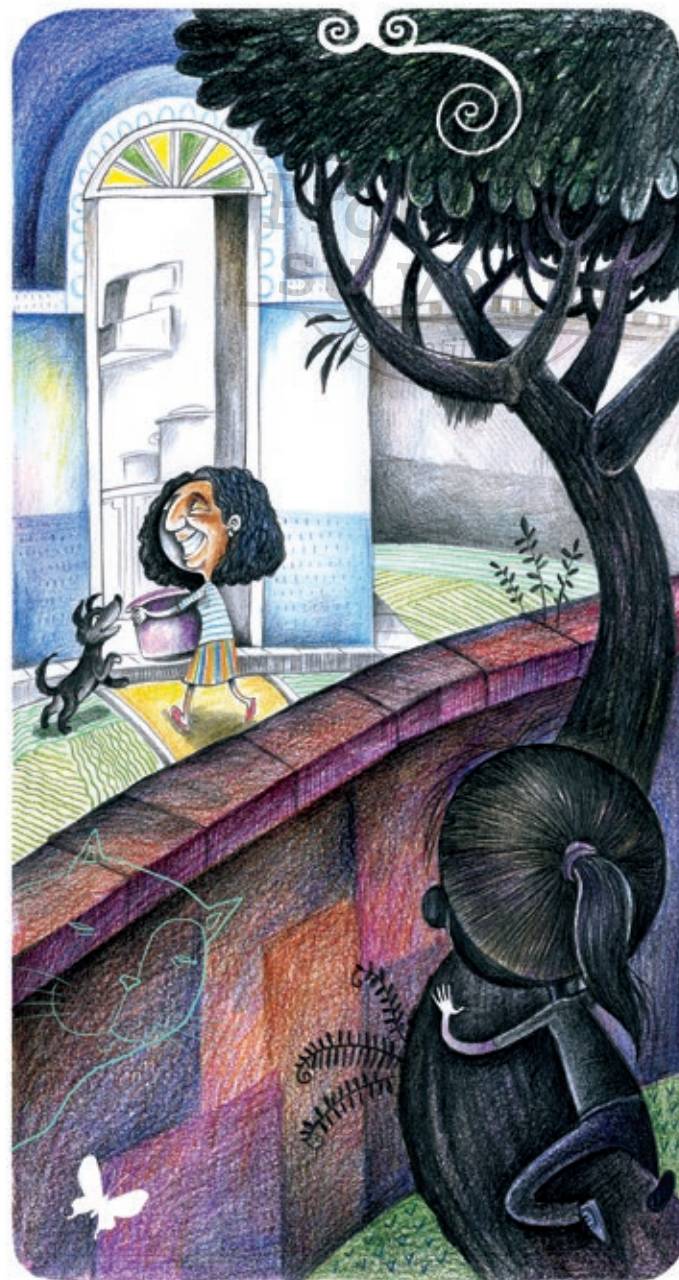
—Llévese este jarabe que le aliviará el dolor de garganta.

12 ¿Cómo puedo describir a mi vecina? Tiene el pelo negro, un poco rizado y es morena. Tiene unos dientes blanquísimos, lo sé porque siempre ríe y sonrío. Cuando ríe, hace una burla tremenda; y cuando sonrío, se queda calladita. Estoy segura de que sigue haciéndolo: reír a carcajadas y sonreír en silencio.

Mi mamá me explicaba que la señora, más que vivir, trabajaba en la casa que queda al lado de la mía, y yo le decía:

—Pero, mamá, la señora siempre está allí, a toda hora, muy por la mañana e incluso los domingos, así que ella debe vivir ahí. No puede ser que solo trabaje en la casa de al lado.

Mi mamá me contaba que la señora ayudaba a cuidar a los niños, lo cual puede ser agota-



dor, porque necesitan mucha atención; y que, sobre todo, colaboraba con las tareas que tiene que hacer un ama de casa, que «nunca se terminan». Así dice siempre mi mamá: «Nunca se terminan». Yo preguntaba a mamá cuáles eran esas obligaciones que un ama de casa nunca, nunca termina, y ella me decía:

—Por ejemplo, están las camas. Siempre hay que hacer las camas.

Y yo le respondía:

—Pero si las camas ya están hechas. Compramos mi cama ya hecha, ¿o no, mamá?

Parecía que estaba a punto de enojarse, pero más bien se reía, y decía:

—María, hacer las camas significa tender las camas.

Mi mamá no se cansaba de decirme que cada día se deben airear las sábanas, extenderlas hasta que queden muy planitas, doblarlas sobre las cobijas, mullir las almoha-

das y los almohadones para que todo esté fresco, y poner siempre el edredón al final, sin equivocarse en nada, porque un error, decía mi mamá, un solo error, y era posible que durante la noche nadie pudiera dormir. Eso es mucho trabajo, insistía mi mamá, y aclaraba que por eso era tan bueno que mi hermano Alfonso y yo ya supiéramos cómo hacer, digo, tender las camas.

—Mamá, ¿cómo es eso de que, si las camas no están bien tendidas, es posible que nadie pueda dormir?

Entonces, mi mamá me contó sobre almohadas sedantes, colchas enredaderas que pueden perturbar nuestros sueños e, incluso, sobre hombrecitos de pelusa de lavadora y escobas veloces y calcetines viudos y el anillito de acero que se perdió y fue a parar directamente al río Magdalena, arrastrado por el caudal.